

LA LENGUA DE MARTÍ

— por Gabriela Mistral —

La imitación cubre la época anterior y la posterior a Martí en la América; cien años de calco romántico poco más o menos; cincuenta años de furor modernista, son los dos cortes en que aparece dividido nuestro suelo literario. Tenemos que confesar que la imitación se muestra en nosotros más que como un gesto, como una naturaleza y que nuestro exceso de sensibilidad, nuestra piel toda poros, es lo mejor y lo peor que nos ha tocado en suerte, porque a causa de ella vivimos a merced de la atmósfera.

En estas condiciones, la originalidad adquiere en nuestra América no sé qué carácter extraordinario de dignidad, no sé qué asa de salvación de nuestro decoro. El escritor sin préstamo o con un *mínimum* de préstamo suena para nosotros al golpe seco de una afirmación.

Aseguran algunos que la cultura es el enemigo por excelencia de la originalidad y el juicio mismo trasciende a Juan Jacobo en su ingenuidad. El Adán literario, brotado de la tierra en un copo de barro fermentado sobre el que nadie ha puesto la mano es paradoja pura. Sin embargo, el concepto sirve para marcar bien este otro punto: cierta originalidad mantenida, sostenida debajo del peso enorme de una cultura literaria, resulta admirablemente heroica.

La primera, la segunda y la última impresión de la lectura de Martí, golpean con la originalidad antes que con cualquier otra cosa. Martí es de veras una voz autónoma, levantándose en un coro de voces cual más cual menos aprendidas. Veremos a Martí marcar varonía en cada paso de su vida de

hombre; pero desde que comienza su carrera literaria le veremos varón también en esta naturaleza antiimitativa, es decir, antifemenina.

Este fenómeno del Adán culto, del escritor que procede de sí mismo, pero que ha vivido y vive en medio del cortejo de los maestros, oyéndoles hablar y recitándoles sin estropeo del acento propio, repito que significa para nuestra literatura un hecho muy importante y muy digno de ser hurgado para exprimirle enseñanza.

¿En qué consiste la originalidad de Martí?

La pregunta es formidable, y las mujeres no sabemos explicar nada en bloque, porque cuanto más tenemos la capacidad de una crítica de detalles. Yo voy a ver manera de dar algunos atisbos de respuestas, de allegar algunas chispas de juicio.

Parece que la originalidad esencial de Martí sea un caso de vitalidad en general y luego de vitalidad tropical. Si la imitación se explica como dependencia del ambiente, una carga de muchas atmósferas sobre un cuerpo que no las resiste y se deja manejar de ellas, la originalidad sería una vitalidad tan brava de un organismo intelectual que puede con ellas hasta el punto de desentenderse de su peso y de obrar como si su cuerpo fuese la única realidad. Martí es muy vital y su robustez es la causa de su independencia. Mascó y comió del tuétano de buey de los clásicos; nadie puede decirle lo que a otros modernos que se quedase sin este alimento formador de la entraña: conoció griegos y romanos. Cumplió también su obligación con los clásicos próximos, es decir, con los españoles, y fué el buen lector que pasa por los setenta rodillos de la colección Rivadeneira sin saltarse ninguno, sólo que pasa entero, sin ser molido y vuelto papilla por ellos. Guardó a España la verdadera lealtad que le debemos, la de la lengua, y ahora que los ojos españoles peninsulares pueden mirar a un antillano sin tener atravesada la pajueta de la independencia, desde Madrid le dirán leal a este insurrecto, porque conservó una fidelidad más difícil de cumplir que la de la política, y que es esta de la expresión. Tanto estimó a los padres de la lengua que a veces toma en cuenta hasta a los segundones o tercerones de ella, me valga el vocablo.

Pero más detenido que en clásicos enteros y en semiclásicos se le ve en los escritores modernos de Francia y de Inglaterra, cosa muy natural en un hombre que tenía a su presente y que vivió registrándolo día a día. Esta dominación de los modernos sobre él, parece venirle de la simpatía de las ideas más que del apego de la forma como en el caso de Rubén. Gran sensato, Martí no tuvo la deplorable ocurrencia de tanto escritor nuestro de admirarle a Cicerón la letra y la ideología y de creer que Homero o Virgilio obligan al descontento de nuestra época y a una nostalgia llorona de Agamenón y de tal o cual César. El tiene encargos que cumplir, trabajos que hacer en la carne de su tiempo, buena como cualquiera otra, y se siente emparentado con las almas francesas e inglesas de su año por el parentesco que es tan fuerte de la contemporaneidad. Así, pues, nuestro Martí será un hombre literario de los de alimento completo, clásico y moderno, y de una formación literaria perfectamente regular: nada hay en él del escritor a dietas de una sola lengua y de un solo período literario. Contémosle la cultura entre sus varios decoros.

Ahora que sabemos que la originalidad de Martí ha sufrido la prueba de los magisterios posibles, veamos de averiguar en qué consiste esta originalidad en sí misma.

Parece ser que ella tiene estos trazos: originalidad de tono, originalidad de vocabulario, originalidad de sintaxis.

Comencemos con el tono. Los escritores de estilo original no siempre son muy diferenciados de tono; pero los escritores más finos y los verdaderamente personales, son siempre escritores de un acento particular. En la literatura española, por ejemplo, Calderón tiene un estilo, pero Santa Teresa tiene un tono; en la francesa, Montaigne tiene mucho más dejo que Racine. Nuestro Martí aparece a primera vista con un cuerpo entero de estilo, pero lo más gustoso de sentirle y saborearle es el tono.

Acordémonos de que este hombre es un orador nato para estimarle suficientemente esta maravilla del tono natural.

Género odioso si los hay, la oratoria carga con una cadena de fatalidades. El orador comienza por ser el recitador que recita en un vasto espacio y para una masa. Lo primero lo

fuerza a alzar la voz cuanto la voz da, vale decir, a gritar; la mucha carne escuchadora lo obliga a hacerle concesiones halagándole si no todos los gustos, los más de los gustos.

La voz tonante, de una parte, y de otra el apetito de dominar, le sacan los gestos violentos; los dos imperativos de voz y gesto le obligan a la expresión excesiva mejor que intensa, y a los conceptos extremos. Así se viene a formar la cadena que digo de fatalidades y una adulteración en grande. Yo no tengo amigos oradores y no he podido recibir confesión de ellos en este sentido; pero se me ocurre que el escritor honrado debe detestar sus discursos, viendo claro en ellos esta fabricación del convencimiento, esta máquina montada con piezas de mentira, de la que debe usar para convencer... de su verdad. Me parece la oratoria en los mejores, de un costado, una forma didáctica, de otro una especie de desfogamiento de cierto lirismo incapaz de la estrofa, en buenas cuentas, una profesión de propaganda enseñadora y una volcadura cómoda del fuego. Los dos aspectos tuvo en Martí: él incitaba con ella y él se aliviaba la superabundancia del alma.

Anotemos en Martí el que siendo un orador tan entrañablemente original, y tan honesto dentro de su gremio de fraudulentos, no se aparta de las líneas obligadas del género. Si repasamos en un texto de retórica las condiciones de la arenga, vemos que él cumple con todas, en lo cual volvemos a sentirle su condición de clásico acatador si no de reglas, de una tradición. El secreto de Martí orador consiste tal vez en que manejando un género de virtudes falsas él lo sirve con virtudes verdaderas. Mientras el orador corriente simula la fogosidad y gesticula con llamitas pintadas, él está ardiendo de veras; mientras el arengador de todas partes sube la cuesta del período largo por una especie de hazaña de gimnasia, para hincar al final la pica de una buena conclusión, él trepa el período temblando; a cada proposición sube en temblor de pulsos y al terminar echa la exhalación genuina del que remató un repecho; mientras el orador embusterillo junta en frío las metáforas para echarlas después en chorro y encandilar el millón de ojos que le mira, a él le sale el borbotón de metáforas en cuanto el asunto lo calienta y lo funde, y así viene a ser el volcán de

verdad que vomita brasas de veras y lava de cocer. Con todo lo cual él vuelve espectáculo que los demás aderezan, y realiza la rara hazaña de darse él en pasto a una operación destructora que nadie verifica así, por no hacerse pedazos.

Este es, en bloque, el caso de su oratoria. Examinemos ahora los detalles.

Yo llegué tarde a su fiesta y una de mis pérdidas de este mundo será siempre la de no haber escuchado el habla de Martí. Amigos suyos me han hablado de su voz, pero una descripción aquí no reemplaza nada. Debe haber tenido don de voz, porque si les creemos a los yoghis, y en esto yo les creo, el que posee dulce la víscera, tiene inseparablemente dulce la voz. Una voz que siendo viril se queda dulce, es una pura maravilla. Me acuerdo siempre de Emerson en su elogio a la voz grata, y como él, desconfió de los acentos pedregosos o roncós: sus piedras llevan.

El ademán debe haberlo tenido como el de los efusivos que son a la vez finos y que gesticulan con un ímpetu suave, valga la expresión, sin manotear mucho, pero al mismo tiempo sin privarse de la buena subrayadura del gesto.

No le conocimos acento ni mímica, pero lo demás nos ha quedado, a Dios gracias, en el cuerpo de los discursos para que le gocemos la anatomía. ¡Qué noble anatomía la del discurso tendido que nos va a mostrar sus miembros nobles, entregándonos como el atleta en una mesa al que lo quiere medir y gozar!

El período copioso se nos había hecho bastante antipático en los seudocervantistas, a causa de su composición artificial, de su manufactura trabajosa. La sintaxis viva es cosa funcional y que se ordena adentro. Puede salir abundosa y ágil como la sangre que es abundante y ligera en los buenos sanguíneos, pero ha de salirle al escritor así, en empellón espontáneo. Lo común es que la sintaxis compleja se la acomode afuera, con relativos forzados; que se la construya voluntariamente por hacer alarde cervantino, y así salen esas masas de cemento armado, esos dinosaurios de yeso que agobian.

Confieso que solamente en Martí no me fatiga el período, a fuerza de estar vivo desde la cabeza hasta los pies. Confieso

que a los prosistas mediocres, incapaces de fundir los materiales de la proposición, como el buen volcán se funde los suyos, yo les pido la sintaxis primaria y breve al alcance de sus fuerzas y que no nos canse la atención. La frase corta, portátil, práctica, es un hallazgo muy útil de la lengua francesa, porque tiene lástima del aliento del lector y cortesía para el auditor. El continente verbal que es el gran acápite, pide titán para su construcción y las manos comunes son artesanas y no prometeicas.

Hemos visto cómo Martí sale de la dificultad de la tirada verbal sin dar cansancio.

Ahora veamos una cosa más delicada si cabe, el trascendentalismo sin la declamación.

El orador de aquella época era por virtud de su Cicerón, de su Bossuet y sobre todo de su Víctor Hugo y su Lamartine del momento, un trascendentalista. El trascendentalismo es materia escabrosa, como todos lo sabemos, lo mismo que su aliado el patetismo: suelen ser ciertos, pero lo general es que se simulen. Aun cuando sea verídico poco convence. Las almas del patético no son muchas; las almas comunes que carecen del pulso patético, cuando se encuentran con éste, prefieren declarar farsante al dramático antes que confesarse ellas mutiladas de dramatismo. Por eso la moda de la dramaticidad, que se llamó romanticismo, a mí me desconcierta. ¿Cómo se las arreglaron tantos hombres de pluma y garganta para embarcar a la multitud antitrágica en su nave? Desde luego, hubo muchos falsos románticos y que hallaron clientela precisamente por no ser genuinos y arrastraron a discípulos igualmente falsarios.

A nuestro Martí no lo pondremos bajo bandera romántica absoluta, aunque en esos suelos anduvo; pero tal vez lo podremos afiliar entre los trascendentalistas, en todo caso dentro de un grupo de un trascendentalismo muy especial; el trascendente familiar, que se mueve en un turno de grandeza y de cotidianidad, mejor que eso un grandilocuente de las ideas bajado a cada rato por la llaneza de los hábitos. El tipo es complejo, cuesta aceptarlo. Pensemos, aunque la comparación nos parezca a primera vista absurda, en un Víctor Hugo corregido

de su exageración y de su garganta trompetera por un trato diario y enseñador de la Santa Teresá doméstica, y voluntariamente vulgar.

Martí veía y vivía lo trascendente mezclado con lo familiar. Suelta una alegoría que relampaguea, y sigue con una frase de buena mujer cuando no de niño; hace una cláusula ciceroniana de alto vuelo y le neutraliza la elocuencia con un decir de todos los días; corrige a veces, y esto es muy común, unos cuantos vocablos suntuosos con un adjetivo ingenuo, del más lindo sabor popular.

Cuando ustedes le llaman Arcángel se acuerdan de Miguel con la espada picadora del dragón; pero él contiene también a Rafael, el arcángel transeúnte, que caminando muy naturalmente con Tobías, logró que éste no supiese sino al final que iba con persona alada. Esta conjunción de lo arcangélico combativo con lo arcangélico misericordioso, forma la definición de nuestro Martí.

Como el patetismo, del que ya hablamos, tiene sus grandes riesgos el arcangelismo miguelesco, que se resuelve en unos atributos y en una función de fuego y de hierro, más hostigador de Satanás, eso está muy bien, ya que su finalidad es acorrarlar y matar al demonio; en los discípulos humanos de Miguel, la actitud combativa permanente siempre me ha parecido peligrosísima. El combatiente eterno acaba entero en espada, va reduciendo su cuerpo de rostro dulce, de entrañas humanas, a vaina seca y por último a filo. Debemos, pues, celebrar, entre otras cosas, el modo de arcangelismo de nuestro Martí, que es un dúo tendido entre el Miguel ígneo y el Rafael terrestre.

Examinada ligeramente la originalidad del tono en Martí, pasemos a la del vocabulario. Como se sabe, éste cuenta entre los más ricos de nuestra literatura. Martí posee la lengua, tanto en el aspecto de intensidad como en el de extensión. Generalmente se acostumbra anteponerle al ecuatoriano Montalvo, en el millonarismo de las palabras. Montalvo ha manejado, es cierto, mayor cantidad de voces; pero hay una diferencia grande de vitalidad, vale decir, de calor, de color y de sabor, entre ambos. La lengua rica de Montalvo le viene de la frecuencia

visible —demasiado visible— del Diccionario. Yo suelo recomendar a mis alumnas que se lo lean en un ejercicio agradable de diccionario que les ahorra la pesadez de la lectura del librote. Agradeciendo a Montalvo el mérito de su acumulación extraordinaria de voces, tenemos que marcar la diferencia de estas dos riquezas de vocabularios, y a esto vamos.

Me señalaba alguna vez el crítico chileno Hernán Díaz Arrieta, que el español escrito en la América confiesa delante del escrito en España pobreza de voces y cierto desabrimiento. Mi amigo tiene relativa razón y yo he tratado de entender el caso.

En nuestros pueblos mestizos, donde el negocio de la lengua corrió durante tres siglos a cargo de la población blanca que forma la clase burguesa, la lengua popular que en algunos aspectos se insinúa también en lo familiar, ha estado ausente, porque la masa mestiza o india hablaba o bien dialectos indígenas o bien el español primario que dieron las conquistas. Sobra decir que donde falta populismo en la expresión, falta la gracia, el sabor y el expresivismo. La lengua culta se resiente de entequismo, de formulismo, de sequedad y aún de tiesura.

Esta isla de Cuba ha poseído entre otras fortunas la de una población española casi unánime distribuída en las tres clases. Cuba presenta el caso de una especie de desgajamiento lingüístico de la Península misma; ella es una España insular, una pariente de las Canarias. Cuba estaba y está preparada por lo tanto para entregar en la literatura una dosis doble de españoleidad sobre la América continental.

Montalvo trabajó primero en su Ecuador, después en Francia, en una penosa dieta del idioma, ya que en su país lo indígena triplica lo español y en Francia vivió la penuria de no ser ayudado por el idioma circundante. Así se entiende el que viese doblado sobre el Diccionario, pidiéndole a sus hojas pesadas y muertas lo que el ambiente no podía proporcionarle.

Martí, por el contrario, vivirá las edades formadoras, infancia y adolescencia, sumergido en su lengua hablada por las tres castas, abonándose con el español culto de los cultos y con el

gustoso y pimentado del pueblo. Cuando salió al destierro, llevaba, sólida y segura como las entrañas que no nos dejan, una lengua completa y viva, chupada veinte años en la cubana.

Naturalmente, un verdadero vital no se contenta con el idioma que recibe, porque cualquier naturaleza creadora tiende a crear con todos sus órganos lo mismo que cualquier naturaleza rica rebasa los medios usados que le dan y echa de sí mismo los que le faltan.

Antes de Rubén Darío, él se había puesto a la invención de vocablos y Darío le reconocía este mayorazgo. Me gustan más los vocablos nuevos que nos vienen de la mano de Martí que la inundación que nos llega con Rubén Darío. Todos sabemos, y se puede decir esto sin ninguna mengua para el nicaragüense, que éste llevó bastante lejos su voluntad de exotismo y que en su faena de hacer palabras había tanto de necesidad de palabra fina, como cierto gusto burlón de jugar a la osadía, y de espantar al burgués su enemigo. Martí crea sus derivados como los hiciese un lingüista profesional, guardando todo respeto a la tradición en las terminaciones, e inventa siempre por necesidad verdadera, por ese ímpetu de expresivismo del que hemos hablado.

El vocabulario martiano no será nunca extravagante, piro-técnico ni snob, aunque será ciento por ciento novedoso hasta volverse inconfundible.

El verbo más que el mismo adjetivo él lo hace a la medida de sus necesidades. Verbos más activos que la familia entera de los verbos españoles él dice desjarretar, sajar, chupar, despeñar, pechar, etc. Sus adjetivos parecen táctiles y yo pienso que nadie entre nosotros ha llevado más lejos la ceñidura del apelativo a la cosa. El dice tajadas, carneadas, fundida, atribulada, volcada, regada, y como dentro del adjetivo pictórico se queda el verbo activo, su epíteto no cansa, aunque lo administre mucho, por esta razón de que no está nunca inerte.

Vamos a la vitalidad tropical. Miran algunos el trópico en general como un agobio de bochorno que pesa sobre la criatura, la descoyunta y la debilita. Como yo siento algo de esto en mí, cuando vivo en él no puedo negar el concepto enteramente. Admirando y amando como pocos el trópico, yo le siento en mi cuerpo la suave perfidia de la succión blanda.

Tan perfecto me parece él, sin embargo, como la medida cabal de la riqueza terrestre, tan natural como obra de un Creador al que imaginamos potente, tan noble en su generosidad, que en lugar de tacharle la luz plena, y el calor genésico, prefiero creer que el hombre no puede con él por penuria, que nuestro cuerpo se halla a causa de su degeneración por debajo de su pulsación vital, que es la debida; que nuestros tonos fallan en la energía que le debemos para mirarlo sin pestañeo.

Cuando me encuentro un hombre semejante a Martí o a Bolívar, que en trópico de treinta años no se descoyunta y se mueve dentro de él lo mismo que el esquimal en la nieve, con toda naturalidad, trabajando sin jadear bajo el bochorno, y rindiendo la misma cantidad de energía que el hombre de clima templado en su país, yo vuelvo a pensar que lo monstruoso, lo excesivo, lo elefantiásico del Ecuador, no existe, y que solamente existe la pusilanimidad o la miseria de la criatura que no merece esta hermosura fuerte y no es capaz de gozarla.

José Martí cayó en su molde propio al caer en el Trópico; él no rezongó nunca contra la latitud, porque no se habla mal del guante que viene a la mano.

Hay una inquina especial de las tierras frías contra el Trópico, que pudiese ser la del sietemesino contra el niño de nueve meses. Una de las manifestaciones de esta inquina la anotaremos en el sentido de desprecio y mofa con que se han teñido los vocablos "tropicalismo" y "tropical" en la crítica literaria. Los dos vocablos se han vuelto motes de injuria y suelo escuchárselos con un choque de catapulta que derrumba a un escritor. Necia me ha parecido siempre su aplicación a la masa de los escritores que viven entre Cáncer y Capricornio, y que difieren entre ellos como planta y animal, con diferencias de género y orden. Más tonta es todavía su significación forzada de inferioridad. No hay razón para que un escritor tropical haya de ser necesariamente malo. Pero la comicidad verdadera del asunto reside en que nuestro trópico no ha tenido verdaderos escritores tropicales, excepto uno, este Martí sobre el cual conversamos, este Martí admirable que es único al que le conviene la mal usada etiqueta no conviniéndole ni por un momento en la ofensa.

Pedro Henríquez Ureña, al que debemos varias definiciones del hecho americano, se encargó en buena hora de explicar este mal enredo del vocablo que hemos torcido. El comprueba en no sé cuál de sus libros que nosotros llamamos tropicales ciertos estilos abundantes y empalagosos, exportados de tierra fría, por los románticos franceses y recibidos y hospedados aquí por escritores más malos aún que ellos y desprovistos de todo buen gusto. El clima nada tiene que hacer con el pecado, y para no citar sino un caso, cerca de aquí nació y vivió su infancia esencial, un poeta sin excrescencias viciosas, no dañado por la calentura del Caribe en sus pulsos regulares de buen francés: en la Martinica vivió años Francis Jammes.

La soberana naturaleza tropical de América se ha quedado al margen de nuestra literatura, sin influencia verdadera sobre el escritor, como aventajada por él. Ojos, orejas, y piel, hemos enderezado hacia Europa; paisaje europeo, cadencia europea, española o francesa; clima europeo, desabrido o neutro, es lo que se puede ver en nuestra literatura. Antes y después de José Martí, ninguno se ha revolcado en la jugosidad y en las esencias capitosas de este suelo. Hay que llamar a este hombre, entre otras cosas, el gran leal. Lo será por muchos capítulos, pero principalmente por éste de haber llevado a la expresión hablada y escrita el resuello entero, caliente y oloroso, de su atmósfera circundante y haber vaciado en ella la cornucopia de su riqueza geográfica.

¿Qué hace el Trópico en la obra de nuestro Martí, que es el único que lo contiene; qué excelencia o qué fatalidad le acarrea?

En primer lugar, el Trópico aparece en su prosa como un clima de efusión. A lo largo de arengas, discursos académicos, de artículos de periódico, de simples cartas, una efusión constante marca todas esas piezas, tan contrarias entre ellas, de la marca de su naturaleza que es la efusión y que no lo abandona nunca. Yo digo efusión y no digo fiebre. Tengo por ahí explicada una vaga teoría de los elementos de nuestros hombres: los que se quedan en el fuego absoluto se secan y se quebrajan; los que viven del fuego mixto con el agua, de calor más ternura, éstos no se resecan ni se destruyen. Martí pudo ser afiebrado, una criatura de delirio malo o maligno como otros fogosos que se lla-

maron Ezequiel o León Bloy, profetas que crepitan o panfletarios que carnean y se carnean. La cifra media que da la obra de Martí es la efusión. El no nos aparece frío, ni de esa frialdad que suele traer la fatiga y que es el desgano, en ningún documento; siempre lo asiste la llama o la brasa confortante, o un rescaldo bueno y cordial. Si como pensaba Santa Teresa nuestro encargo humano es el de arder, y la tibieza repugna al Creador y la frialdad agrada al Diablo que tiritita en un alvéolo de su infierno al que no llega el caldo de los otros círculos, bien cumplió este cumplidor su encargo de vivir encendido y sin atizadura artificial. El ardía prescindiendo de excitantes, abastecido del combustible que le daba una naturaleza rica y del Espíritu Santo que circulaba por su naturaleza.

La segunda manifestación del Trópico en él sería la abundancia. El Trópico es abundante por riqueza y no por recargo, como se cree, es abundante por vitalidad y no por perifollo, y yo quisiera saber pintar para hacer entender esto a los que no han visto el Trópico. El estilo barroco fué inventado por arquitectos no tropicales y que queriendo ser magníficos cayeron en la magnificencia falsa que es el recargamiento, en la bordadura gruesa y obesa. Más claro se verá el hecho en el árbol coposo: él no aparece como un abullonamiento de ramas continentales y pesadas; él resulta espléndido sin cargazón. Hay que meter la mano en la masa de sus masas para conocer la complejidad de su tesoro, que en conjunto se ve hasta esbelto, hasta ligero.

En el tropicalismo de Martí, y esto lo repasaremos al hablar de su período, la abundancia es natural por venir de adentro, de los ríos de savia que se derraman; en cuanto a natural no es pesada, no carga ornamentos pegadizos, se lleva a sí mismo con la holgura con que los individuos de gran talla llevan su cuerpo, que no les pesa más que los pocos huesos al que es pequeño.

La abundancia del estilo de Martí, viene de varias causas y es una especie de conjunción de vitalidades. Hervía de ideas al revés del escritor que ha de seguir una sola como hilito de agua en tierra pobre; el corazonazo caliente le echaba sobre la garganta el borbotón de la pasión constante; el vocabulario pasmoso le entregaba a manos llenas las expresiones ahorrándole esa búsqueda de la frase tan acusada en otros. ¡Cómo no había de ser abun-

dante! Lo hicieron en grande y no veo yo por qué una criatura hecha en rango ciclópeo rechace lo suyo, reniegue de los bloques de que dispone, y se fuerce a penitencia a dieta de palabras, y a sobriedades chinas de arroz.

Corrijámosle la abundancia, y el Martí se nos va, como se nos acaba la montaña si decidimos partirla en colinitas.

Todavía debemos anotarle en la conjunción de abundancias el espectáculo de abundancia que le regaló el Trópico. Que los demás escritores ecuatoriales vivan sin conmovirse delante de este derramamiento de fuerzas naturales, negocio de ellos es, mal negocio de distracción o de deslealtad; pero dejemos que este respondedor, que este pagador, hable y escriba de acuerdo con su aposento geográfico, dentro del orden de su hogar físico, dejémoslo.

Otra manifestación todavía del tropicalismo de Martí es la lengua espejeadora de imágenes, su desatado lujo metafórico.

Dicen que en la naturaleza tropical la fecundidad de fauna y flora está supeditada al ornamento y que así planta y bestia son más hermosas que productivas; dicen que son blandas y fofas las criaturas tropicales y que su belleza engaña respecto de su energía. Otra vez mentira. La verdad que miramos es que la naturaleza que en otras partes cumple su obligación enteca de producir, aquí se da el gusto de producir y de maravillarse por iguales partes, de cumplir un plus ultra de regalo, sirviendo y deslumbrando. El árbol de la goma, el cocotero, el mismo plátano, poseen la vitalidad suficiente para dar mucho y para donosear con el follaje. No sé qué le veo yo de proletaria urgida, de gris asalariada, a la naturaleza europea donde el sembradío sustentador de gente se ciñe a la utilidad y no le queda ni espacio ni ímpetu para hacer jugosidades de color y espesura. El Trópico nuestro, por el contrario, se parece al héroe griego en el Hércules magnífico y servicial.

Pasemos esta misma generosidad de la naturaleza a Martí: él es un proveedor de conceptos, pero como le sobra savia, él puede ocuparse de regar sobre la ideología un chorro de galanura, un camino de metáforas que no se le acaba nunca. No olvidaremos tampoco que este hombre es sobre todo un poeta; que puesto en el mundo a una hora de necesidades angustiosas, él aceptará ser conductor de hombres, periodista y conferenciante, pero que si hubiese nacido en una Cuba adulta, sin urgencia de problemas,

tal vez se hubiese quedado en hombre exclusivo de canto mayor y menor, de canto absoluto.

Como el árbol tropical, que gasta mucho en periferia florecida y que engaña con que descuida los menesteres de solidez del tronco, así engaña la prosa de Martí con el ornamento y ha hecho decir a algún atarantado que eso no es sino vestimenta.

Suntuoso, es cierto, a la manera de los reyes completos que daban legislación, religión, política, costumbre y poesía, en la misma plana y que siendo sacerdotes, cuidaban, sin embargo, de la esplendidez de su manto que solían diseñar ellos mismos a los costureros de palacio.

También aquí está el hombre construido en grande que no quiere mutilarse de nada y que hace el manojo completo de las cosas buenas de este mundo, el hombre antiasceta, aunque sea cabalmente moral y antipenitencial, por hallarse muy cerca de la naturaleza que ignora el cenobitismo.

Al lado de la extraordinaria sintaxis de Martí está, pues, como el otro pilar de su magistralidad, su metáfora. La tiene impenzada y no extravagante; la tiene original y no estrambótica; la tiene virgínea y en tal abundancia que no se entiende de qué prado de ellas se provee en cada momento sin que la reincidencia lo haga nunca aceptar una sola manoseada y ordinaria.

La sabida frase del hombre que piensa en imágenes, conviene a Martí como a ninguno de nosotros. Hay que caer sobre algunas páginas del Asia, de esas en que la poesía se traduce en una pura reverberación de símiles, para encontrar algo semejante a la escritura de Martí. Pero la diferencia suya con el lirismo asiático está en que, mientras aquél significa a veces un atollamiento de flores, un empalago de gemas, Martí conserva siempre bajo la floración el hueso del pensamiento.

La metáfora cerebral, la inteligente, resumada del seso, yo no se la encuentro. Válgame la afirmación, aunque sea peregrina: el corazón es el proveedor de la metáfora en Martí, así la tiene de espontánea, de fresca y de cándida, aun cuando le sirve a veces para la santa cólera.

Alguno dice por allí que el estudio de un poeta puede hacerse a base de sus solas metáforas. El sistema contiene habilidad; pero se nos quedarían afuera algunos poetas ralos y hasta ayunos

de metáforas, que los hay. Con Martí el procedimiento resultaría en cambio admirable. A ver si yo tengo algún día calma para hacer el ensayo, que me tienta. En la montaña de un millón de metáforas yo creo que se puede descomponer el alma entera de Martí en su extraña contradicción de lenguas de fuego y de vellones recién cortados de ternura, en su remesón de entraña y en su sople o silbos rápidos; de cariño y, a veces, de gozo.

La última manifestación de tropicalismo que le anotaremos es la liberalidad. Ella forma parte de la abundancia que ya anotamos.

Nuestro temperamento, al revés del europeo, acusa una liberalidad visible, que se derrama en hospitalidad, en caridad y en vida en grande. Nosotros no somos pueblos de puño cerrado, de arca vigilada ni de programa de vida regido por una economía de vieja. Bienes y males nos parten de allí. Nuestro sol, que en vez de asistir solamente la creación como en los países templados, la inunda y la agobia, nos ha enseñado una superliberalidad. Estamos llenos de injusticias sociales, pero ellas vienen más de una organización torpe que de una sordidez de temperamento; nosotros queremos un abastecimiento generoso de nuestro pueblo; nosotros andamos buscándolo, y cuando lo hayamos hecho, nuestro sistema económico será más justiciero que los europeos.

Todo lo quiere para su gente Martí: libertad primero, holgura y cultura luego, felicidad finalmente. Y como el estilo, digan lo que digan, forma el aspa visible del molino escondido, y confiesa a cada paso la moral nuestra, aun cuando no hable nunca de moral, las liberalidades de Martí se traducen en su lengua no sé en qué flexibilidades felices, en qué desenvoltura de hombre sin remilgos, en qué felicidad de señor acostumbrado a darse y a dar, a tener y a florecer. Mírese un poco el estilo de los egoístones y de los recelosos y se podrá sentirles la reticencia que se vuelve entequez, y el temblorcito avaro que se vuelve indignancia, y que empobrece, perdonenme la hipérbole, hasta la sintaxis.

En esta última parte de mi tema, la averiguación de la lengua se me ha resbalado hacia el hombre, que yo no iba a comentar. La crítica literaria moderna está empeñada en deslindar la obra del individuo y en reducirse al estudio de su escritura. Yo no soy de esos dualistas y el dualismo en muchas cosas me parece

herejía pura; pero naturalmente respeto, cuando entro a un reino que no es el mío como este de la crítica, los usos y la norma de la casa ajena.

Unos pocos escritores hay con los cuales sobra la divulgación de su persona y de su vida; unos muchos hay que no pueden ser manejados por el comentarista sino en bloque de escritura y de carácter. Martí anda con éstos, y hasta tal punto que no sabemos bien si su escritura es su vida puesta en renglones, o si su vida es el rebosamiento de su escritura. Aparte de que Martí pertenece a aquellos escritores que se hacen amar aún más que estimar, y de los cuales queremos saberlo todo, desde cómo rezaban hasta cómo ellos comían.

Se hablará siempre de él como de un caso moral, y su caso literario lo pondremos como una consecuencia.

¿Es cierto que se puede hablar aquí de "un caso"? ¿De dónde sale este hombre tan viril y tan tierno, por ejemplo, cuando en nuestra raza el viril se endurece y también se brutaliza? ¿De dónde viene este hombre teológico tan completo trayendo en su cuerpo el trío de las potencias de "memoria, inteligencia y voluntad" entero? Y ¿de dónde nos llega esta criatura difícil de producir en que los hombres hallan la varonía meridiana, la mujer su condición de misericordia y el niño su frescura y su puerilidad juguetona? Todavía diremos, ¿dónde se ha hecho en nuestra raza, de probidades dudosas y ensuciadas por tanto fraude, este hombre de cuarenta y ocho kilates, del que no logramos sacar una sola borra de logro, ni siquiera de condescendencia con la impureza?

Vamos a ver modo de contestar y si erramos la intención valga.

El viril nos viene de la sangre catalana, resistente y operadora, o, si ustedes lo prefieren, del explorador y el conquistador español, correa de cuero de la historia, europeo magistral cuya resistencia todavía asombra al cronista contador de lo que hicieron. El tierno le viene del limo y del ambiente antillano, donde el cuero español que dije se suavizó para dejar una raza dulce y más grata que la arribada. Verdad es que el antillano indio bondadoso, el más benévolo indio americano al lado del quechua, aymará, fué arrasado; pero no sabemos todavía si los muertos en cuanto se entierran se acaban o si se retardan formando al suelo una es-

pecie de halo de sus virtudes que opera sobre los vivos y los forma a su condición. El hecho es que dentro del trópico la vida antillana muestra mucho menos combate y malquerencia armada que la de los países calientes del Sur. Esta tierra insular, aliviada por el mar de su calentura, esta Antilla productora de la caña cordial y del tabaco piadoso, del que dice un inglés que templea con su suavidad la dureza del hombre; esta bandeja comedida y plana del limo reblandecido en la que la vida se acomoda tan bien, produce fácilmente al hombre tierno y a la mujer tierna, y ha podido dar la cifra más alta de dulzura de nuestra raza en este Martí el bueno.

El hombre que según varios comentaristas contiene a la mujer y al niño, conservando entero al varón, ése no se explica, creo yo, con raza ni con geografía, porque aparece en varios lugares, donde siempre dibujará al hombre perfecto. Curioso es que el hombre pierda tan pronto el regusto de la leche materna y se barbarice tan pronto el paladar del alma con rones y especias malas.

Posiblemente sea de su educación que insiste tanto en hacerle pronto la varonía, y una grosera varonía, de donde le viene este olvido de su leche primera y este desdén de la blandura buena que lo nutrió meciéndolo y lo afirmó acariciándolo. Hay grandes razas afortunadamente donde la amabilidad se cultiva lado a lado con la resistencia, la italiana y la francesa, por ejemplo.

La explicación que yo me doy de José Martí, es otra, sin embargo, la siguiente. El hombre completo sería aquel que a los veinticinco años conserva listaduras infantiles en la emotividad y por ella en la costumbre, y que no ha desprendido al niño que fué, porque sabe que hay alguna monstruosidad en ser redondamente adulto. Este mismo hombre se anticipa en él, ya sea por una atención humana muy intensa, ya sea por adivinación de lo que viene, las piedades, mejor dicho, del viejo que por haber probado en todos los platos de virtud y de culpa ha madurado su pulpa entera para el perdón, y no tiene en agraz ninguna lástima ni ninguna comprensión y de nada se asombra, aunque rechace muchas cosas. A mí me gusta la maravilla del joven, pero a mí me place profundamente la del viejo.

Martí me parece esto, el maduro en el que se retarda para su bien, un aroma bien acusado de infancia, y que ya se sabe el viejo

que él no va a alcanzar a vivir habiendo laceado desde lejos la presa de la experiencia y traídola hacia él para que le ayude. Por otra parte, un hombre de cenit, que desde ese punto cenital de los treinta años domina y posee ya los dos lados del cielo, el que remontó y el que va a descender. Por eso es tan hombre que se funde de jugo humano por donde se le toca, y responde al niño en los cuadernos de la Edad de Oro y el Ismaelillo, por eso sabe ya tanto del negocio de vivir, de padecer, de caer y levantar, que se le puede contar todo, estando seguro de conmoverlo o no contarle nada porque con mirar una cara, entiende y hace lo que hay que hacer. Las funciones humanas mejores, él las sirvió todas, la de camarada, la de confortador, la de consolador, la de corregidor, la de organizador y la de realizador. Muchas veces se ha aplicado en la historia la frase de "amigo de los hombres". A Marco Aurelio se le aplicó, a Carlo-Magno, a algunos papas, a Eliseo Reclus, o a Michelet. Cuba también tuvo un amigo de los hombres en este José Martí.

Tengo para terminar la mejor cosa que no he dicho, habiendo dicho tantas. Tengo sin alabar al luchador sin odio. El mundo moderno anda muy alborotado con esa novedad de Mahatma Gandhi, combatiente sin odiosidad. El fenómeno tan difícil de combatir sin aborrecer, apareció entre nosotros, en esta Cuba americana, en este santo de pelea que comentamos. Pónganle si quieren un microscopio acusador encima, aplíquenselo a arengas, a proclamas o a cartas, y no le ha de saltar una mancha ni una peca de odio. Metido en esa profesión de aborrecer que es el combate, empujado a esa cueva de fieras hediondas que ha solido ser en la historia la guerra, constreñido a enderezarse, a rechazar, a buscar fusil y a echarse al campo, este extraño combatiente con cara que echa de sus planos resplandores, va a pelear sin malas artes, sin lanzar interjecciones feas, sin que se le ponga sanguinoso el lagrimal, sin que tiemble del temblor malo de los Luzbeles o los Gengis-Kan. Posiblemente hasta los luchadores de la Ilíada han dejado escapar algún terno que Homero se guarda, en lo apretado de la angustia. Martí pelea sobrenaturalmente, sintiendo detrás de sí la causa de la independencia cubana, que le quema la espalda, y mirando delante al montón de los enemigos de ella, im-

personal, sin cara que detestar, casi sin nombre, con el solo apelativo abstracto de tiranía o de ineptitud.

Esta vez sí, mis amigos, me resulta mi sujeto sin amarras con mi raza. Mucho ha odiado la casta nuestra, mucha fuerza ha puesto en esta operación de aborrecer de la cabeza a los pies y de tomar cada país o cada partido, o cada familia, como el toro que es preciso descuartizar para salvarse, haciendo lo mismo con el becerro que le sigue y con el tropel de los que vienen.

Aunque la frase se tiña un poco de cursilería, digamos que Martí vivió embriagado de amor humano, y hasta tal punto que sus entrañas saturadas de esta mirra, no le pudieron entregar ni en el vórtice negro de la pelea un grito verdadero de destrucción, ni un gesto genuino de repugnancia.

Es agradecimiento todo en mi amor de Martí, agradecimiento del escritor que es el Maestro americano más ostensible en mi obra, y también agradecimiento del guía de hombres terriblemente puro, que la América produjo en él, como un descargo enorme de los guías sucios que hemos padecido, que padecemos y que padeceremos todavía. Muy angustiada me pongo a veces cuando me empino desde la tierra extraña a mirar hacia nuestros pueblos que en mí, mujer de valle cordillerano, soldados están por la geografía más importante que la política, y les miro, y les toco con el tacto largo de los insistentes, lo mismo que se tocan cerros y mesetas en los mapas en relieve, la injusticia social que hace en el Continente tanto bulto como la cordillera misma, las viscosidades acuáticas de la componenda falsa, el odio que lo tijeretea en todo su cuerpo, y la jugarreta trágica de las querellas de barrio a barrio nacionales.

En estas asomadas dolorosas al hecho americano, cuando advierto torpezas para las realizaciones, cojeadura de la capacidad, yo me traigo de lejos a nuestro Bolívar, para que me apuntale la confianza en nuestra inteligencia, y de menor distancia en el tiempo, yo me traigo a nuestro José Martí para que me lave con su lejía blanca, de leche fuerte, las borroneaduras de nuestra gente, su impureza larga, persistente. Refugio me ha sido y me será, uno de esos refugios limpios y enjutos que suelen hallarse en una gruta cuando se anda por el bajío pantanoso de alimañas escurridizas, y en el que se entra para poder comer y dormirse después sin cui-

dado. Esa frente que a ustedes les es familiar me tranquiliza con su plano suave y me echa luces, y luz; esos ojos de dulzura pronta, con la miel a flor de la niña, donde se chupa sin tener que buscar; esa boca cuyo gesto yo me creo, por el bigote grueso que la tapa; ese mentón delgado que desensualiza la cabeza por el segundo extremo, haciendo lo que la frente hace en lo alto; ese conjunto de nobleza benévola, me ha consolado muchas veces de tanto rostro desleal, brutal y feo como da nuestra iconografía, la pasada y la actual.

Hemisferios de agradecimiento son, pues, para mí, la literatura y la vida de José Martí, y con esta conversación empiezo a pagar deuda vieja empeñada con ellos. Seguiré pagando lo mucho y variado que me queda. El ya no está aquí, en este mostrador de la vida para recibirme el primer cumplimiento; pero está el grupo de los suyos que han tomado a su cargo el negocio moral, la institución cubana y americana que se llama José Martí, la cual está vigente, de vigencia racional y está viva de una capitosa vitalidad.